



Pilar Muñoz Calero

Médica

«Estamos ante un nuevo paradigma que sostiene que son los contaminantes ambientales los que están provocando, como causa principal, una serie de enfermedades.»

Nuestra entrevistada ha asumido una misión importante, alzar la voz alto y fuerte desde el infierno en el que viven muchas personas a causa de una enfermedad no reconocida por la OMS, pero que afecta en nuestro país a más de 700.000 personas, la sensibilidad química múltiple, una enfermedad de las muchas que están surgiendo en nuestros días y que podríamos denominar «enfermedades del progreso», un progreso que no sólo se separó de la naturaleza, sino que decidió oponerse a sus leyes construyendo edificios que enferman, produciendo alimentos que intoxican, fabricando tejidos que contaminan con sus tintes, cosméticos que contienen metales pesados...

Y puede alzar la voz fuerte porque ella habitó en ese infierno de no ser diagnosticada correctamente durante años, mientras la vida se le iba poco a poco y la etiquetaban de «enferma imaginaria» hasta que un médico americano, William Rea, le diagnosticó la terrible intoxicación que tenían las células de todo su organismo, por el mercurio de las amalgamas, el plomo de las tuberías, los pesticidas de sus flores, los parafenoles de los plásticos, las ondas de sus electrodomésticos, por la vida moderna que silenciosamente se había colado en su interior a través de un ejército de sustancias químicas que la colapsó. Como enferma, ya curada, y como médica especializada en pediatría, neonatología y estomatología, decidió dirigir el Centro Médico Fundación Alborada para luchar por los que, cada vez más, desaparecen de nuestra vida y se recluyen en burbujas, que les aíslan de un mundo enfermo que sólo ellos detectan, por ahora, pero que son la avanzadilla de la crónica de una muerte anunciada, de un sistema contranatura que envenena lentamente hasta que la dosis se convierte en letal

¿Qué es la Fundación Alborada y por qué decidió llevar adelante este proyecto?

La Fundación Alborada es una institución sin ánimo de lucro que se constituyó hace unos diecisiete años. Al principio se dedicó a tratar a personas con problemas de adicción. Después descubrí que padecía sensibili-

dad química múltiple y tuve que irme a Estados Unidos a que me hicieran el tratamiento, puesto que aquí, en España, ni sabían diagnosticarlo ni conocían tampoco nada relacionado con el tratamiento de esta patología. Cuando volví decidí cambiar el objeto social de la Fundación, debido al doloroso peregrinaje que tuve



«Cuando un paradigma cambia, no podemos utilizar los mismos métodos diagnósticos ni los mismos tratamientos.»

que sufrir de médico en médico y al conocimiento de que la incidencia era cada vez mayor, no solamente en España, sino a nivel mundial. Decidí que la Fundación se convirtiera en un punto de referencia para poder ayudar a personas que padecían esta sensibilidad y otras enfermedades relacionadas con la contaminación ambiental y poder decir así que dentro de lo terriblemente duro que resulta, había una esperanza, que era posible diagnosticarlas, y por supuesto también tratarlas, mejorando notablemente la calidad de vida.

¿Hay suficiente documentación científica sobre el papel de los tóxicos químicos y físicos en la génesis de las enfermedades crónicas, como Alzheimer, Parkinson, muchos tipos de cáncer, diabetes, hipersensibilidades a los químicos tóxicos o a las radiaciones electromagnéticas, fatiga crónica y fibromialgia, hiperactividad, intolerancias alimentarias, asma y alergias?

Parece ser que muchas veces no es suficiente, sobre todo cuando tratamos temas en los que hay intereses creados, tanto de industrias farmacéuticas como de industrias químicas que realmente son los que finan-

cian gran parte de las investigaciones que se hacen y consiguen con su dinero que sus resultados se publiquen y se acepten como una evidencia más científica.

Por otro lado hay muchas investigaciones sobre ciertas enfermedades que no se pueden hacer porque no hay suficientes medios económicos para hacerlas, pero eso no significa que esas enfermedades no sean reales, como, por ejemplo, la esclerosis múltiple, que tardó catorce años en ser reconocida. Durante esos catorce años, los pacientes padecieron realmente la esclerosis múltiple, pero sin embargo fueron tachados de personas que tenían una catatonía periférica o que tenían problemas psicológicos porque podían estar en una silla de ruedas en un momento determinado y luego ponerse a caminar. Hoy

ya se sabe que la esclerosis múltiple causa brotes, y lo que ocurría es que no había suficientes estudios. Debido a la burocracia, que lo lentifica todo, se añadió un gran sufrimiento a esas personas que la padecían sin que su enfermedad fuera reconocida.

Esto ha pasado muchas veces a lo largo de la historia de la medicina. Respecto a las pruebas clínicas, yo creo que cuando hay personas que tienen unas enfermedades y que mejoran cuando se las trata evitando los químicos tóxicos, está claro que ahí hay algo que está relacionado y que tienen en común.

En esa dirección va el descubrimiento de Martin Pall de un mecanismo bioquímico común en una treintena de enfermedades, que van desde la sensibilidad química múltiple hasta la fatiga crónica, pasando por parkinson, alzheimer, esclerosis múltiple, asma, autismo, hiperactividad...

Sí. Martin Pall, profesor de bioquímica de la Universidad de Washington durante muchos años, ha escrito un libro que se titula precisamente *Explicando las enfermedades inexplicadas*, que son las que llamamos enfermedades de causa ambiental, que por

“Vivir tras el cristal”, cartel de la asociación Asquimem (<http://asquimem-asociacion.blogspot.com.es>).
En página anterior, Judith Marqués, afectada de SQM, participante en un acto en favor del reconocimiento de la Sensibilidad Química Múltiple en Biocultura Barcelona en 2011. Fuente: Fodesam (fondosaludambiental.org)

supuesto son multicausales. De hecho él habla no sólo de los tóxicos ambientales, sino también de traumas físicos y psicológicos, de virus, bacterias, infecciones, es decir, la mayoría de las veces lo que ocurre es que son múltiples causas, pero lo que cada vez se ve más claro es que una de las causas más importantes, y que en muchas ocasiones puede ser incluso el detonante para que se desencadenen estas enfermedades, son los tóxicos ambientales.

El doctor Martin Pall habla de un nuevo paradigma. En la historia de la medicina ha habido aproximadamente unos nueve paradigmas, y ahora estaríamos ante el décimo. A lo largo de la historia de la humanidad siempre son un pequeño grupo de personas las que, de alguna manera, asoman la cabeza, son los pioneros o vanguardistas, que tienen muchos detractores, a los que no se cree, pero son los que tienen la intuición de que algo está ocurriendo, y plantean esas hipótesis. Se empieza a hacer ensayos, hay discusiones, se producen muchas crisis hasta que todo eso se va resolviendo poco a poco, y hasta que al cabo de los años, efectivamente, se acaba demostrando que eso es así. Por ejemplo, uno de los nueve paradigmas es la teoría microbiana; Summer Neve, que era un obstetra, fue el primero que, en el año 1845 o 1846, señaló que, cuando se lavaban las manos, disminuía la mortalidad de sus pacientes en los paritorios. Y se burlaron de él, hasta el punto de que se suicidó; murió totalmente abandonado, sin que se hiciera caso a ninguna de sus teorías, en medio de numerosos detractores y enemigos.

Más tarde vino Pasteur, en los años sesenta de ese mismo siglo y, después, en el 80, Cock con la teoría de la tuberculosis. Con esto quiero decir que ahora está pasando lo mismo, que estamos ante un nuevo paradigma que sostiene que son los contaminantes ambientales los que están provocando, como causa principal, una serie de enfermedades.

Todo esto nos debería hacer más humildes, y llevármolos a reconocer que estamos claramente ante una epidemia de muchas patologías, y que los propios profesionales de la medicina no saben qué hacer con muchas de estas personas que acuden a las consultas porque, cuando un paradigma cambia, no podemos utilizar los mismos métodos diagnósticos ni los mismos tratamientos. Además, hay demasiados intere-



«Al mercado llegan más de cien mil sustancias tóxicas sin haber sido demostrada su inocuidad, y esas sustancias se inhalan, se beben, se ingieren, se ponen en contacto con nuestra piel...»

ses, que hacen que se utilicen los mismos métodos, los mismos laboratorios, las mismas pruebas, los mismos fármacos, etc., e impiden que se puedan ir introduciendo diagnósticos y tratamientos nuevos.

Así que las personas afectadas por estas enfermedades van a los profesionales de la medicina y se encuentran con que no hay ninguna comprensión, ningún conocimiento, y entonces no les queda más remedio que buscar y buscar, incluso en Internet, y algunos acaban automedicándose o se autorrecetan o se auto-diagnostican, porque sienten que los profesionales de la medicina no les pueden guiar.

¿Cuáles son las principales fuentes de contaminación medioambiental?

La mayoría de la gente desconoce todas las sustancias nocivas que nos podemos encontrar en las viviendas, como por ejemplo, algunos tanatos, retardantes de llama, compuestos perfluorados, compuestos voláti-

les. Se encuentran muchas veces en aglomerados que están en las maderas de muchas casas, de muchos armarios o puertas, en alfombras. También está el percolitireno, que se utiliza abundantemente en tintorerías y tiene una gran toxicidad. Luego están los cosméticos, gran parte de los cuales contiene numerosas sustancias tóxicas como parabenos o dióxido de titanio; algunos pintalabios, para incrementar su fijación y su duración utilizan ciertos metales pesados, como el plomo. También está la ropa, que a veces es conservada con formaldehído; luego están los productos de higiene personal, jabones, suavizantes de la ropa, que tienen productos que pertenecen a la docena sucia como el cloroformo, el metanol, el alcanfor... En los alimentos también encontramos insecticidas, herbicidas, fertilizantes, conservantes, potenciadores del sabor y del color. En el agua acaban muchos de los pesticidas y encontramos arsénico, mercurio y otros metales. Y así se podrían citar infinidad de ellos.

¿Cómo no caer en el alarmismo paralizante ante esta información, ante esta lista interminable en la que figura casi todo lo que usamos en nuestra vida cotidiana como posible causa de estas nuevas enfermedades ambientales?

Creo que lo primero que hay que hacer es, por supuesto, informarse, tener conocimiento, darle más importancia a saber exactamente qué nos metemos en el cuerpo, qué nos ponemos en contacto con el cuerpo. Hay personas que se ponen cremas que tienen 40 o 50 ingredientes determinados. Y lo que nos ponemos en la piel nos lo deberíamos poder comer, pues la piel es una gran vía de absorción, altamente eficaz. Si uno se pone por todo el cuerpo una crema que tiene un montón de tóxicos, ¡imagínese!

Primero hay que saber qué está ocurriendo, para luego poner remedio. Hay alternativas y la gente puede elegir los llamados productos ecológicos, o la comida ecológica, aunque a algunos les resultará más difícil. Se puede intentar estar más cerca del campo, donde hay mucha menos contaminación, aunque hay mucho pesticida en las zonas agrícolas.

¿Están la administración, la industria, la sociedad en general, preparadas para tomar conciencia de estas amenazas tóxicas, químicas o electromagnéticas, que son causa de enfermedades ambientales, y poner soluciones?

Es difícil; todavía queda mucho por hacer y por eso se

A la derecha, algo habitual por todas partes del mundo, el armario bajo el fregadero lleno de productos de limpieza, un cóctel de sustancias químicas que metemos en nuestros hogares.

está luchando. Pero es muy raro que haya hoy día alguien que no haya oído hablar algo de la sensibilidad química múltiple y hay un consenso en el Ministerio de Sanidad que permite saber, a todo el que quiere informarse, que la sensibilidad química existe. También hay trabajos realizados como el Convenio de Estocolmo, que habla sobre contaminantes orgánicos persistentes, y se han redactado normativas como el reglamento Reich. También hay una serie de declaraciones científicas, como el Llamamiento de París, declaración internacional sobre los peligros sanitarios de la contaminación química. O por ejemplo la declaración de Praga sobre los disruptores endocrinos, que ha llamado la atención, desde hace mucho tiempo, sobre la gravedad del problema sanitario que está creando la contaminación química.

El problema es que esto tarda mucho en implantarse; por ejemplo el Bisfenol-A es una sustancia que se usa mucho para ablandar los plásticos, como las tetinas de los biberones de los niños; es una molécula estrogénica, es decir, imita al estrógeno y está muy vinculada, como señala el profesor Nicolás Olea, catedrático del Hospital Clínico de Granada, con la incidencia del cáncer de mama. En Canadá hace tiempo que el ministro dijo en los medios de comunicación que esta sustancia es cancerígena, que es un disruptor endocrino; pero ¿qué ocurre?: que dan un período de tiempo a las fábricas para cambiar ese producto pues de lo contrario las pérdidas económicas serían muy grandes, con lo cual, siguen pululando sustancias que se sabe que son dañinas, que son tóxicas. Realmente, no es nada fácil cualquier cambio de este tipo.

Ahora ya hay cierta predisposición. Cuando hay tantas pruebas y muchos se han quedado en el camino, es cuando empiezan a hacerse cambios. Yo no creo que el problema sea el alarmismo; creo que se debería exigir el principio de precaución, pues no tenemos por qué ser conejillos de indias. Al mercado llegan más de cien mil sustancias tóxicas cuya inocuidad no se ha demostrado, y esas sustancias se inhalan, se beben, se ingieren, se ponen en contacto con la piel... Cuando los efectos ya son dañinos y cuando hay cada vez más personas afectadas, entonces se exigen más estudios; es cuando se decide «vamos a quitarlo», pero luego hay todo un período de tiempo para retirar todos esos productos.

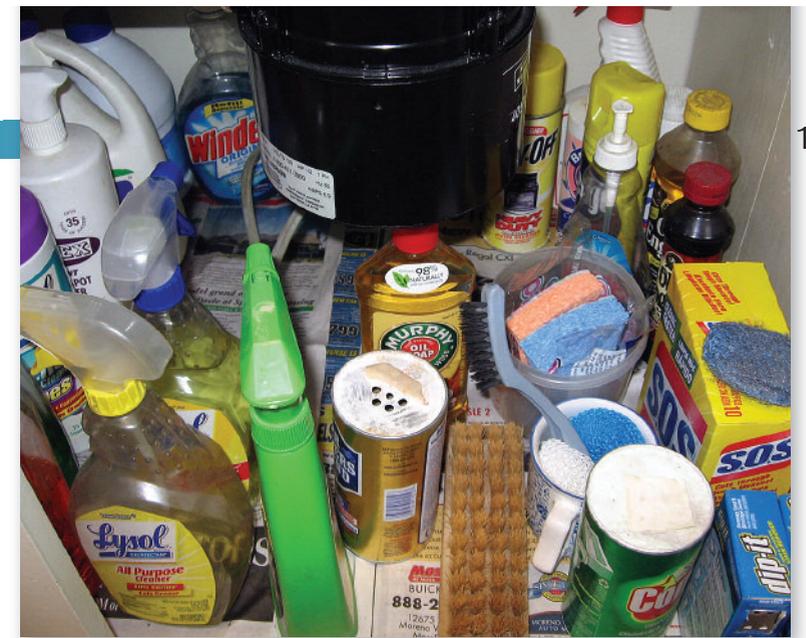
¿Y esto sucede porque los intereses económicos se anteponen a la salud, o porque realmente hay una

ignorancia de los efectos de las sustancias químicas, como cuando se desconocían los efectos de los virus o los microorganismos?

Yo creo que los intereses están por encima de la salud. Cuando se hace un ensayo clínico de un medicamento, se necesitan 7 años. ¿Qué diferencia hay entre un fármaco que va a entrar en nuestro organismo a algo que vamos a ingerir también, por ejemplo, aditivos, conservantes? El problema, además, es que se autoriza una serie de dosis de conservantes o de aditivos; por ejemplo está autorizado 0,05 microgramos de tanatos. Pero nadie ha sumado esos 0,05 microgramos que lleva una colonia con los que lleva una crema, con lo que lleva el pesticida..., es decir, con la multitud de sustancias químicas a las que estamos sometidos; nadie se ha sentado a calcular la suma de todas esas pequeñas dosis toleradas, los antagonismos, las interacciones, las sinergias, cómo se potencian unas a otras, y qué reacción tienen esa multitud de sustancias una vez que entran en nuestro cuerpo. No hay intereses suficientes como para que se empiece a estudiar, e incluso, cuando se sabe, se permite, pues la salud no es lo primero.

Por supuesto, también hay ignorancia, desinformación, en el mundo de la medicina, en los profesionales médicos. Yo, como médica, desconocía todo esto. Debido a lo que me ocurrió tuve que informarme, pero yo vivía absolutamente inconsciente. Es muy triste escuchar, por ejemplo, a Christopher P. Wild, miembro de la OMS y de la Academia Internacional de la Investigación del Cáncer, decir que «el 90% de los cánceres son provocados por contaminantes ambientales» y que eso salga un solo día en la prensa. Para el doctor Nicolás Olea, el cáncer se puede considerar una epidemia y sin embargo no se difunde la información.

¿Y por qué cree que ocurre eso? ¿Por qué la humanidad no reacciona ante la extrañeza de que cada vez mueran más personas de cáncer o haya más alergias en los niños? ¿Qué hay dentro de nosotros que nos incapacita para despertar ante esa evidencia?



«Nadie se ha sentado a calcular la suma de todas esas pequeñas dosis toleradas, los antagonismos, las interacciones, las sinergias, cómo se potencian unas a otras, y qué reacción tienen esa multitud de sustancias una vez que entran en nuestro cuerpo.»

Creo que hace mucho tiempo que hemos delegado todo nuestro poder, nuestra capacidad de conocer, informar, saber, investigar; todo eso lo hemos dejado en manos de otros: «el médico sabrá», «el señor que invierte en el banco sabrá». Y lo que eso ha hecho es acomodarnos, aburguesarnos, nos ha llevado a confiar en que hay un sistema que nos cuida, que nos protege, que nos ayuda, que si realmente anuncia algo es porque eso es verdad, que si realmente lanzan algo al mercado es porque es verdad. Hemos ido perdiendo la capacidad de cuestionarnos, el espíritu crítico para decir «esto es así, esto no es así», y por lo tanto tampoco tenemos esa capacidad de reacción. También nos hemos ido adaptando a una forma de vida. Ciertos médicos incluso llegan a decir que con 45 años una persona ya tiene que estar cansada, que es lógico que lo esté y que le duela el cuerpo. Esto supone bajar la calidad de lo que sería la edad de la salud, porque estamos considerando que todo eso es normal. Y éste es uno de los conceptos que introduce la medicina medioambiental: El concepto de adaptación, porque nos vamos adaptando poco a poco, de tal manera que nos pasa lo mismo que se cuenta de la rana a la que se pone en un recipiente con agua tibia y cada día se sube un grado la temperatura del agua; la rana se va adaptando a ese calorcito, hasta que llega un momento en que se duerme y se muere. Es decir, esa adaptación está impidiendo la capacidad de reacción y de alarma

del organismo, que es algo sano, que es algo bueno que el organismo debe tener, porque al irnos adaptando poco a poco, lo que ocurre es que nos vamos muriendo poco a poco.

¿Y qué es la medicina ambiental? ¿Es una especialidad de la medicina convencional? ¿Se estudia ya en las universidades españolas o todavía falta tiempo para que eso ocurra?

Realmente la medicina ambiental todavía no está reconocida como una especialidad, por eso el Parlamento Europeo dijo en el 2009 que era muy importante que esta medicina se reconociera como una especialidad transversal, que implique a todas las especialidades, porque si sabemos que hay pesticidas que pueden provocar alteraciones en el tiroides, es muy bueno que el endocrino conozca que los tóxicos ambientales provocan alteraciones hormonales y que no basta con dar hormonas tiroideas sin ir a la causa. E igualmente el neurólogo, el ginecólogo... todos.

¿Nos puede hablar algo de la sensibilidad química múltiple? ¿Por qué la OMS no la reconoce cuando se supone que los casos aumentan exponencialmente?

La OMS la reconoce pero muy relativamente. Reconoce los pesticidas, reconoce el daño que están provocando muchas sustancias y si se une todo eso, ahí está la causa de la sensibilidad química múltiple. Es decir, que de alguna manera sí está reconocida, aunque no de una manera evidente. De hecho, se está luchando para que se introduzca en la clasificación internacional de enfermedades. Ya es una enfermedad que está reconocida en Alemania, Austria, Japón y Francia. Nuestro organismo no es tan diferente como para que si se reconoce en un país no se reconozca en el resto.

El que lo reconozca la Organización Mundial de la Salud lleva un tiempo. Con la esclerosis múltiple fueron 14 años; con el autismo fue también mucho tiempo. Se pensó que eran madres que realmente creaban una gran distancia con los hijos hasta que se vio que era un problema de neuroquímica, a nivel cerebral. Ahora seguimos en la lucha y yo creo que no va a tardar demasiado tiempo en ser reconocida, pues es un tema ya muy evidente y, sobre todo, la incidencia es cada vez mayor.

¿Qué posibilidades tiene en España una persona de ser diagnosticada correctamente? ¿Hay un tratamiento para estas enfermedades en la sanidad

pública española o todavía queda mucho sufrimiento para quienes no son correctamente diagnosticados?

Les queda mucho sufrimiento todavía, porque normalmente si tú tienes una enfermedad, tienes el apoyo y el cariño de tu familia, pero con esta enfermedad el vivir se para y los parientes dudan de que sea una enfermedad orgánica, física, pues los profesionales de la medicina no la reconocen y piensan que es mejor llevarlos a un psiquiatra. La mayoría de las veces los médicos que pueden diagnosticarla son privados. Había un médico que estaba en un hospital público de Barcelona al que se prohibió diagnosticar más casos en el hospital, porque si se diagnostican casos de sensibilidad química múltiple, llegará un momento en que tendrán que entrar dentro de la seguridad social, y tendrán derecho a tratamiento, y la crisis parece que es un freno, pues son tratamientos costosos. Por eso estamos intentando que se reconozca. Tenemos unas ocho o diez mil firmas de personas afectadas y de su entorno para exigir al Parlamento Europeo que se reconozca el derecho al tratamiento de esas personas afectadas por los contaminantes ambientales.

Por otro lado la mayoría de los médicos que dicen que la diagnostican y que creen que es una enfermedad como tal, no creen sin embargo que haya un tratamiento. Yo fui un caso especial porque tuve que ir a Estados Unidos a tratarme. Estaba en una silla de ruedas, no podía comer, no podía caminar, no podía prácticamente vivir, estaba al borde de la muerte, y ahora hago mi vida normal por lo que sí puedo decir que existe tratamiento.

Es decir, que la mejor solución para todos sería la prevención, buenos hábitos de vida y conseguir entornos saludables; cambiar la dirección, pasar por ejemplo de una química agresiva a una química verde. ¿Tal vez, la única solución?

Claro, es de sentido común, lo que nuestras células quieren es aire limpio, agua limpia y alimentos sanos. El cuerpo tiene que estar continuamente luchando contra un montón de sustancias que llamamos xenobióticos, puesto que son ajenos a la vida y el cuerpo no sabe qué hacer con ellos, los tiene que eliminar necesariamente, pero muchas veces, cuando entran en el organismo se depositan en el cuerpo porque son lipofílicos, tienen una gran tendencia a quedarse enganchados, secuestrados por la grasa y entonces quedan depositados ahí. De hecho, pueden atravesar la placenta y afectar a los niños, por una contaminación

Ilustración del cartel de la película "Los pájaros de la mina" de Victor Moreno, sobre guión de Mariam Felipe, que trata sobre el SQM y que se estrenará este mes de diciembre (www.lospajarosdelamina.com).

intrauterina, y también a través de la leche materna; en algunos países incluso, con lo sana y lo maravillosa que es la leche materna, se aconseja no dar demasiada sustancia materna, precisamente por la cantidad de contaminantes que pueden estar introducidos en la leche.

Son muchas consecuencias de las que no estamos siendo conscientes. Lo ideal, como usted dice, es intentar vivir de otra manera.

¿Qué le pasa al ser humano? ¿Se ha desconectado de la naturaleza?

Ése es el gran problema. Mis charlas siempre empiezan con esta reflexión: realmente somos naturaleza y podemos vivir conectados con ella y con nosotros mismos o desconectados, y la desconexión con la naturaleza nos hace tratar a las plantas como objetos, y a los animales como utensilios, que si no nos sirven los maltratamos y los desechamos. Utilizamos la naturaleza como algo de usar y tirar. Nos hemos mecanizado y eso nos ha llevado a separarnos, ya no solamente de la naturaleza, sino de nosotros mismos, porque nosotros somos también naturaleza. Nos hemos desconectado hasta tal punto que realmente el dolor que está viviendo el ser humano es tremendo. Tratamos al cuerpo como si fuera un basurero, donde metemos lo que sea, le damos lo que sea. Y luego nos extraña cuando nos dicen: «Tiene usted un cáncer, tiene usted una enfermedad». Y es que no hemos hecho nada más que maltratarlo, somos un poco terroristas con nuestro cuerpo. Una de las cosas que yo experi-

«Nos hemos mecanizado y eso nos ha llevado a separarnos, ya no solamente de la naturaleza, sino de nosotros mismos, porque nosotros somos también naturaleza.»

de estamos llegando.

¿Querría añadir algo?

Creo que nuestro mensaje es doloroso, pero esperanzador, porque hay solución, porque podemos y debemos vivir de otra manera, recuperando el sentido de la palabra «necesidad». Pues nos han confundido y nos han hecho pensar que muchas cosas son necesarias cuando no lo son. La vida puede ser mucho más sencilla, y viviríamos mucho más felices. A través de esta sensibilidad que yo he tenido, he desechado muchísimas cosas de mi vida, de las que ni siquiera era consciente de que me estaban dañando y estorbando. La vida es un regalo y merece la pena vivirla conscientemente y luchar por lo que merece la pena y no vivir con esta falta de sentido.

Entrevista realizada por Beatriz Calvo

